



Sindicato de monarcas

Se ha dicho que el Conde de Romanones, medianero mayor del Reino, había ido a la capital de Hungría a tratar de la situación, dicen que precaria, en que ha quedado el pequeño heredero de los emperadores del ya, gracias a Dios, extinguido Imperio Austro-húngaro. El joven Otón — ¡un niño! — ha venido a refugiarse a esta hospitalaria España. Pero cuesta...

Recuérdese aquella instancia que el rey Alfonso dirigió a Su Santidad el Papa Benedicto — ¿por qué no Benito? — XV pidiendo que se socorriese a la familia imperial de los Habsburgos. Se dijo que aquéllo mereció que el Papa dijese que el rey de España era el último caballero — leímos «gentleman», pero diría «galantuomo» — coronado; pero no sabemos que aquella patética llamada surgiese el efecto de ablandar los corazones y hacer abrir las bolsas de los otros trece coronados que aún quedan en Europa. Y alguno, como el Príncipe de Mónaco, bien podía acudir a semejante desamparo. Por donde la carga de sostener al destronado de Austria pesa sobre España. ¿Sobre la Casa Real o sobre el Estado o sobre ambos? No lo sabemos. Mientras que de seguro que el sostenimiento del ex Kaiser de Alemania — que va a consolarse en un nuevo matrimonio y con una viuda — no pesa sobre Holanda.

Aquella instancia al Papa debió haberse completado con una propuesta de un sindicato de monarcas. Y hasta un proyecto de reglamento para él. En que hubieran entrado, ¡claro!, los destronados ya, como el de Portugal y el ex Kaiser de Alemania. Que es, por otra parte, el más obligado a ayudar al jovencito Otón, a Otonito de Austria, y a su familia, la que está en El Pardo. ¡Pero váyale usted a Guillermo de Hohenzollern con generosidades!

Francamente, eso de que el sostén de la familia imperial de los Habsburgo pese sobre la Casa de España, aunque ésta tenga todo lo que de Habsburgo tiene, eso no está bien. Esos soberanos son unos egoístas; carecen de espíritu de solidaridad. Y si llega el caso hasta se ofrecen de esquirolas.

Además, en El Pardo — que no sabemos si es predio de la familia aquí reinante o si es del patrimonio de la Corona, o sea del Estado, — en El Pardo esa desgraciada familia no puede moverse con la libertad y la majestad que su rango y su desgracia piden. El Pardo nos hace falta para criar en él cochinos que surtan de carnes a la Real Choricería de Ríofrío. Y no está bien el último yástago de la Casa Imperial de Habsburgo entre cochinos.

El Pardo era una especie de sanatorio de tísicos, aunque en él, en ese sanatorio, se murió de tísic y exclamando «qué conflicto! ¡qué conflicto!» el malogrado Alfonso XII. Pero ahora se trata de hacer que los cochinos expulsaran a los tísicos. Y lo que es indudable es que Otonito y familia estarán mejor entre cochinos que no entre tísicos. Y sin temor a contagio.

La misión que el Conde de Romanones, medianero mayor del Reino, llevaba a Budapest era una misión muy delicada, sí, pero muy clara. Si los otros trece soberanos coronados que aun quedan en Europa y hasta los descoronados se hacen los sordos a la llamada a la solidaridad monárquica y remolonean sin resolverse a formar el sindicato de monarcas, entonces hay que ver el modo de aliviarnos de esta carga.

Hay aquello de «hoy por tí y mañana por mí»; pero visto lo que se ve, no puede ninguna Casa reinante fiarse mucho de que las otras le ayuden cuando le llegue la desgracia. Y lo que conviene es prepararse para ello. «¡Podré llegar a ser rey destronado, pero tronado no!», dicen que decía Alfonso XII, que conoció el destronamiento de su madre. Y para una contingencia así conviene prepararse, bien haciendo chorizos, bien con otras industrias. (No, no, que no sea malicioso el lector; no vamos a darle otro golpecito a «Rubán».)

Por lo demás, acaso sería lo mejor buscarle una colocación u oficio a Otonito de Habsburgo. ¿Por qué no la de choricero? Es una idea. Interesarle en el negocio como socio industrial y que fuese aprendiendo la industria. Para lo cual convendría que fuese, pensionado, a Chicago. Pedro el Grande de Rusia creía que todo monarca debe aprender un oficio manual. Y no es un oficio manual precisamente el que proponemos que se le enseñe al joven Otón, sino que le hagan ingeniero zootécnico con aplicación a los cochinos.

Miguel de UNAMUNO.